

ror el reproche de su proscricion, y sintiendo hoy mas que nunca la falta de su genio. Así es como se anuncia la voluntad general.

Conociendo sin miedo de errar en esta vez, el congreso actual decretó en 6 de Agosto de este año, que las cenizas de D. AGUSTIN DE ITURBIDE fuesen ecshumadas del cementerio de Padilla, trasladadas á la capital de la república para el 27 de Septiembre, aniversario del dia mas puro, el mas bello de cuantos ha alumbrado el sol; de aquel dia en que el ejército consumó una obra gigantesca, conducido por un génio, y era saludado en las calles de México con lágrimas de regocijo por un pueblo agradecido.

Los ministros de lo Interior y de la Guerra, D. José Joaquin Pesado y el general D. José Morán, comunicaron sus órdenes para el digno cumplimiento de decreto tan deseado. El ministro de lo Interior espidió un correo extraordinario á Ciudad-Victoria, y acompañó á la orden dada al gobernador de Tamaulipas, una instruccion del lugar y términos en que debian encontrarse los restos del Sr. ITURBIDE para asegurarse de su identidad, de cómo y con qué solemnidades los debia ecshumar, á quién y con qué seguridades los debia entregar, &c. El Sr. gobernador pasó á Padilla en persona, acompañado de su secretario, de todas las autoridades y de otras personas de Ciudad-Victoria, y citó á varios curas y jueces de los contornos para presenciar aquel acto, al que concurrieron ademas gentes de todas las poblaciones de aquel pais.

Al proceder á la ecshumacion se encontraron esactas las señas dadas en la instruccion del ministerio, y el interior del sepulcro y los restos en los términos que allí se describian.

Por el ministerio de la Guerra se dió orden al comandante general de San Luis Potosí que hiciese marchar de aquel punto hasta Padilla una partida de tropa para que recibiese, escoltase y condujese bajo su responsabilidad los restos del Sr. ITURBIDE, hasta en-

tregarlos en México, y al mismo tiempo se autorizó al gobernador de Tamaulipas para que en caso de que esta partida no llegase á tiempo, pidiese otra de la guarnicion mas inmediata.

El dia 22 de Agosto, á presencia del gobernador del Departamento, de las demas autoridades civiles y eclesiásticas, y de un numeroso concurso, se hizo la ecshumacion, y hasta los habitantes de aquel pueblo, que tuvo la desgracia de ser el teatro del horrendo sacrificio, honraron la memoria de su libertador, dice el parte, con manifestaciones públicas de aprecio y veneracion. Preciso es contraerse á la simple narracion de los hechos, aunque sea necesario hacerse violencia para no escribir la multitud de reflexiones, á la verdad bien tristes, que se agolpan en la mente sobre la condicion humana; al ver la facilidad con que millones de hombres son dominados á su pesar; al verles hoy erigir estatuas á aquellos bienhechores suyos para quienes vieron ayer como testigos inertes levantar patíbulos; al verles llorar las víctimas que sacrificaron ellos mismos, prestándose como instrumentos para la ejecucion de juicios que calificaron de inicuos.

Al extraerse los restos de la fosa, se hizo un inventario formal de ellos; se encerraron en una urna de madera forrada de terciopelo negro, con galones y franjas de oro, y con la llave de ésta se entregó al oficial D. Arcadio Canton, que con una partida habia venido á Padilla de la seccion del ejército del Norte en Soto la Marina, llamado por el gobernador para que los condujese hasta donde encontrara al oficial enviado de San Luis con el mismo objeto, y que no habia llegado ese dia.

Se pasó la caja á la Iglesia Parroquial, donde con asistencia de las autoridades de la capital y de la villa se cantó un solemne responso. Concluido este acto se pasó al alojamiento del gobernador, donde quedó custodiada por una guardia de la tropa de Yucatan.

De todos estos hechos se levantó una acta autorizada, de que se remitió copia auténtica al gobierno supremo.

El día 23 salieron los restos de Padilla, comenzando su viage á México, á cuyo fin se dispusieron unas andas y una mula con gualdrapas negras.

En Ciudad-Victoria se les hicieron honores fúnebres con toda la pompa que correspondia. Se enlutó el salon de la Junta Departamental, se levantó un catafalco en la iglesia, se vistió de negro á la tropa, que hizo á su vez las descargas y demas honores militares.

El día 28 salieron los restos de Ciudad-Victoria, desde cuyo punto hasta México atravesaron doscientas leguas. Si el profundo dolor manifestado uniformemente por los habitantes de los numerosos puntos por donde se ha hecho esta larga travesía: si este camino, regado con lágrimas, no son bastantes pruebas para juzgar de los sentimientos que ha abrigado siempre la nacion por D. AGUSTIN DE ITURBIDE, y de que la parte que ella tuvo en la ley que lo proscribió, fué de horror y de general reprobacion, toda la certidumbre moral viene por tierra: ya no hay reglas por donde conocer el espíritu de un pueblo.

El mismo suplicio de ITURBIDE serviria para probar que la voluntad general de los mexicanos no ha estado por la independencia, pues que se inmoló en un patíbulo al que la hizo, y no se inmoló por el gobierno español como Hidalgo, Allende, Matamoros y Morelos, sino por el gobierno mexicano.

Desde que se sacaron los restos del héroe del seno de la tierra y durante su peregrinacion, es de notarse, y quedará consignado en la historia, que no ha habido ni un instante, ni de día ni de noche, que no haya tenido delante de sí ojos vigilantes, ojos inundados de llanto, corazones traspasados de un dolor de despecho. Cuando el término de la jornada era fuera de poblado, quedaba una guardia

para velar la urna, y cuatro luces acompañaban las innumerables lámparas que, suspendidas en los cielos, iluminaban aquella caja en que se habia sepultado un porvenir ignorado para muchas naciones, y estaban encerrados los inescrutables designios de Aquel sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol.

No ha habido una ranchería, una hacienda, una aldea, una ciudad, de primero, segundo ó tercer orden, en donde no hayan salido las poblaciones en masa á recibir las cenizas del Sr. ITURBIDE. No precedió ninguna ley, ninguna orden, ningun ceremonial ni reglamento, y las manifestaciones espontáneas han sido las mismas en todas partes, sin mas diferencia que la de los recursos en cada lugar.

Si en la ciudad tronó el cañon y una guarnicion numerosa hizo descargas de fusilería, y se levantaron elevadas piras, y gimieron sin interrupcion las campanas de todas las torres, y se cantaron vigiliass y se dijeron cien misas; en la humilde ranchería ó en el desierto pueblo desempeñaron tambien sus funciones el cura ó el capellan, y las gentes del campo, hasta las cuales habia llegado la gloria de ITURBIDE, y las que generalmente ignoran la funesta celebridad de un gefe de partido. Sonó allí tambien el triste monólogo de la campana única; los vecinos principales y las gentes todas del lugar velaron la noche entera, acompañando la caja en la iglesia ó en su alojamiento: los mas infelices fueron á encenderle sus velas, demostracion mas elocuente que el ruido de una populosa ciudad; y el pobre hacendado, no pudiendo hacer mas, suplicaba al oficial de la escolta le hiciese dichoso andando en su caballo algunas leguas y permitiéndole cargar las andas sobre sus propios hombros; ó bien pedia que descansase un trecho la mula que las conducia y la hiciese reemplazar por otra suya, para jubilarla luego en su hacienda de toda clase de labores y aun de ser montada por ninguna persona, para mostrar con orgullo la bestia que cargó las reliquias

del libertador, y contar despues mil prodigios ó cosas particulares ocurridas con el privilegiado animal.

Léjos de que estas manifestaciones fuesen el cumplimiento de una órden, es de sentirse que las que dió el gobierno fuesen tan estrechas que no permitiesen ninguna mansion ni tardanza, pues que las poblaciones distantes del camino venian hasta él, ó enviaban comisiones de sus ayuntamientos, á suplicar al oficial conductor se desviase un poco para pasar por aquellos lugares y tener de este modo el triste, pero grande consuelo, de hacer tambien sus honras fúnebres al libertador; y en todas partes fué este oficial sitiado por gentes que le suplicaban con instancia que abriese la caja y dejase satisfacer el ansia de contemplar aquellos huesos, que lo fueron de un hombre tan amado, y ver reducido á aquel estado á quien dió vida á la nacion. ¿Qué corazón generoso no se enternece con la lectura del diario del oficial D. Francisco Molina, encargado de la conduccion? No hay en ese escrito figuras, ni poesía, ni pretensiones de elocuencia, ni comentarios, ni meditaciones políticas ni religiosas; mas ¡cuántos materiales para todas estas cosas! ¡Cuánto se enternece el alma con su sencilla narracion! En él se ve el esmero con que se honraron las cenizas en San Luis, en Querétaro, en San Juan del Rio, en Tula, &c.

Luego que se supo por parte oficial del comandante de Cuautitlan la llegada á aquel punto de los restos del Sr. ITURBIDE, el dia 23 de Septiembre, los habitantes todos de la capital se prepararon á recibirlos.

El 25 salieron el prefecto de la Capital, acompañado de su secretario, y el mayor de la plaza, coronel D. Lucas Condelle, de sus ayudantes, teniente coronel D. José Maria Barrera y capitán D. J. María Lebrija, con órden de recibir la caja que encerraba las cenizas, de manos del oficial D. Francisco Molina, que la conducia.

*¿Dónde quedó
ese diario?*

Al pasar por el pueblo de Santa Isabel, á poco mas de un cuarto de legua de la Ciudad de Guadalupe Hidalgo, encontraron al espresado oficial, quien les dijo que en aquel momento se hallaba la caja depositada en la iglesia del pueblo. En efecto, allí la recibieron de manos de una comision de vecinos de Cuautitlan, y se colocó en un landó abierto, todo enlutado, y tirado por cuatro caballos negros enjaezados de luto, en el cual entraron tambien las autoridades que salieron de la capital. Contramarchando á Guadalupe, y en la Caja del Agua, se incorporaron y acompañaron á los lados del landó, los ocho ayudantes de la persona del presidente de la República: siguió de respeto el coche de este supremo Magistrado y la compañía de lanceros del brillante regimiento de caballería que tiene el honor de llevar el mismo nombre de IGUALA, con que el mundo conoce al héroe cuyos restos se recibian.

Se hallaban ya en Guadalupe esperándoles, y salieron á su encuentro, el gobernador del Departamento y todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares de la Capital, los generales del ejército, gefes y oficiales, y un inmenso pueblo, tanto en coche como á caballo y á pié. En la Colegiata se tenia ya preparada una pira suntuosa para colocar en ella la caja, y una comision del Cabildo eclesiástico recibió y condujo á la iglesia á la comitiva. Allí se cantó un responso y una vigilia solemnes.

Mientras se estaba en este acto, el camino se llenaba de mas y mas gente, y se cubrian las dos calzadas, y se agolpaba la muchedumbre en las entradas de Guadalupe y en la plaza y en la iglesia, y todo el mundo queria acercarse, y aunque no podian satisfacer el ansia de ver los restos del libertador, por estar encerrados en la caja, era el afan llorar siquiera cerca de ella.

Concluidas las honras hechas en la Colegiata, se emprendió la marcha para la Capital: se volvió á colocar la caja en el landó abier-

to enlutado, en que entraron, como ántes, el prefecto, el mayor de plaza y sus dos ayudantes.

Se quiso ordenar la marcha procesionalmente; mas no fué posible hacerlo á la salida de aquella ciudad: solo se logró, y esto por la estrechez de la puerta, que siguiesen los coches uno tras otro, inmediatamente despues de la escolta, los cuales se contaban ya desde aquel punto á centenares. ¡Cuán sensiblemente se renovaba la memoria de las glorias del héroe, con las ocurrencias, las exclamaciones, los dichos que se oían por todas partes y de entre diferentes clases de gentes, sobre todo con algunas personas que se hacían notar por distintas razones en aquel inmenso y luctuoso cortejo! Notábase entre otras al confesor, al fiel amigo del Primer Gefe, el Sr. D. Carlos Lopez, que solo, en el fondo de su coche y sin observar nada de lo que le rodeaba, ni los muchos ojos que tenían fija la vista en su persona, se bañaba en el abundoso llanto que derramaban los suyos. Si algun enemigo del Sr. ITURBIDE se hallaba allí, llevado por la burla ó la curiosidad, se habria enternecido á tal aspecto.

Apenas acabaron de salir los últimos coches por la angosta puerta, estalló, por decirlo así, la grande impaciencia de las gentes de á caballo, á quienes se habia obligado á esperar: salieron á escape, tratando de ganar, por ámbos lados de los coches, el tiempo y el terreno perdidos. Se les quiso estorbar de nuevo el paso y obligarlos á venir detras; mas en el punto en que se separa el camino de la calzada de piedra del de la arboleda, abandonaron la procesion, y era de verse el espectáculo animado de mas de mil caballos á toda la velocidad de la carrera, dispersos en diversas direcciones y todos con el mismo fin de ganar despues la cabeza de la procesion. Esta á cada paso se aumentaba con todos los que se iban incorporando y que cubrían el camino de antemano en toda su estension. Para este recibimiento tampoco hubo ningun reglamento, ni aun convite,

y se puede asegurar que la poblacion salió en masa al recibimiento. Se hallaba en Guadalupe, en la calzada, en las calles, en los balcones, en las ventanas, en las azoteas y en las torres, animada de un mismo sentimiento, haciendo espontaneamente toda clase de manifestaciones: barridas y regadas las calles, enlutadas las fachadas, enlutada la puerta única de la casa del pobre y enlutados los balcones del rico, y hasta en los árboles de la calzada se veían sus troncos vestidos con paños negros, ó colgadas en ellos cruces y flotando en las ramas mascadas negras ó pañuelos blancos con crespones. Toda la tropa disponible de la Capital estaba tendida en dos alas desde la garita de Peralvillo hasta la iglesia de San Francisco. En la Ciudadela y en varias plazas se colocaron las baterías de cañones: la que estaba estacionada en la plazuela de Santa Ana, anunció con los tiros de los suyos la llegada de los restos del libertador á las puertas de la ciudad. Respondió la artillería en todos los demas puntos, y al mismo tiempo sonaron los lúgubres clamores de todas las campanas de la Capital.

¡Quién sino una madre puede comprender el momento de aparecer á su vista los despojos del hijo que esperaba estrechar de nuevo entre sus brazos? ¡Oh! me lo decia mi corazón, dice muchas veces la desventurada madre: su ausencia me hacia estremecer de horror, y Dios me castiga por no haber tenido fuerza para oponerme á su partida. El grande ITURBIDE, añadiendo heroismos á heroismos, quiso absolutamente desterrarse, para que ni su persona ni su familia sirviesen jamas de obstáculo á que la nacion se organizara, de la manera que escogiese, con toda libertad; mas la patria dejó que la abandonase su mas querido y benemérito ciudadano, y cedió á sus enemigos, que supieron muy bien atacarla, arrancándole de su seno á su mejor sosten. Despues de quince años de haberle visto partir, le volvía en efecto á tener en su seno, pero convertido en cenizas.

Una sensacion extraordinaria, una oleada de un movimiento indefinible, se advirtió en la multitud al entrar los restos por las calles de la ciudad, y así como hay momentos en una familia en que se olvida ó no se cree que realmente ha muerto la persona á quien se llora, así se escapaban en algunos puntos los gritos de: «VIVA D. AGUSTIN DE ITURBIDE,» denominándole con todos aquellos títulos que dicta la gratitud ó la admiracion: «Viva nuestro Padre, nuestro Libertador; viva el Primer Gefe, el Héroe, el Genio;» y otros del pueblo, si no tan elevados, acaso mas elocuentes. Gritaba el pueblo «¡Viva!» como si sintiese el vacío que dejó ITURBIDE entre los mexicanos, y ansiara que hoy mas que nunca se animasen aquellos restos para restituirles aquel valor heroico, aquella union cordial y entusiasta, aquel espíritu público, aquella abnegacion de 1821; se gritaba «¡Viva!» como si cada uno quisiera transmitir su propia vida á aquellas cenizas inanimadas. ¿Cuántos al ver pasar delante de sí los restos, no les dirian dentro de su pecho: «Levántate ¡oh Padre de la Independencia! y ven á defender tu propia obra: ella está en peligro; aquí nos hallamos todos; no falta mas que tú. Ahí está tu espada; pero ¿quién se atreveria á levantar la mano para profanarla? Porque la ven colgada se han atrevido á amenazarnos: no lo habrian pensado siquiera, si la empuñaras tú.»

En medio de estas invocaciones ó semejantes á éstas, y mas generalmente en medio de un profundo silencio, que sería de despecho, de profundo pesar ó de terror, era llevada la urna, tras de la cual se iban formando las tropas con sus banderas enrolladas y adornadas con corbatas de crespon negro, las armas á la funerals, las cajas cubiertas, los clarines y músicas á la sordina, cuyos toques pianos y tristes eran mezclados con el sonar de las campanas, con el tropel de la caballería, con el estrepitoso ruido de la artillería y con la

sorda y compasada marcha de los batallones. No era ésta una de aquellas fiestas ni procesiones periódicas de tabla, políticas ó religiosas, que las forman los concurrentes mismos, yendo todos con el objeto de verse los unos á los otros, en donde cada uno mira alternativamente el lujo ostentoso en un punto, la belleza en otro, y rie de las pretensiones de algunos, y en donde la diversion consiste en la indefinida variedad de objetos, pagando cada uno su contingente á la admiracion ó á la risa. Aquí uno solo era el objeto de la venida, de los deseos, del ansia de todos: uno solo era el punto en que se tenian fijas las miradas. La sensacion que se experimentaba, las ideas que preocupaban el alma, el estado violento en que se hallaba el corazon miétras se esperaba con impaciencia, y no obstante este estado de espera, la sorpresa, la emocion que causaba ver acercarse el cortejo funerario: el ansia con que se buscaba un punto cuya forma se tenia ya en el espíritu, un punto en medio del numeroso grupo: un estremecimiento involuntario al caer los ojos sobre el coche fatal: la aplicacion con que se fijaba la vista en aquel punto miétras pasaba por el balcon y durante el tiempo que permanecia bajo de él en las muchas veces que era obligada la procesion á detenerse, por el inmenso concurso que la formaba, no dejaban lugar á la curiosidad, y aun alejaban toda idea de ocuparse en otra cosa. En tales momentos se guardaba al rededor del coche un silencio que helaba la sangre y erizaba el cabello: nadie queria hablar, ni que se hablase, como si no se quisiese perder ni un solo acento de la voz que la imaginacion oia salir de la urna. En estos momentos vino la oscuridad á favorecer á muchas personas para entregarse á su llanto sin encogimiento. Se tenia placer en llorar, y se tenia placer en oír llorar á su vecino. No se desprendian los ojos de encima de la urna sino para enjugarlos, y entónces resonaban dentro del pecho el ruido del sable del dragon y la herradura

del caballo impaciente. Crecia repentinamente este ruido al volverse á emprender la marcha, y crecia el pesar al alejarse las cenizas del balcon, y se las miraba fijamente hasta perderlas de vista, y quedaba en el ánimo una impresion profunda, que se comunicaban unos, y otros trataban de disimular. Tan luego como pasaba la urna de una boca-calle, corrian las gentes á otra, como si esperasen ver mas, y realmente satisfaciendo á un sentimiento interior que ellas mismas no conocian. En algunas boca-calles tambien era atravesada la columna que marchaba tras de la urna, por tropas y corporaciones que ya volvian despues de haber precedido la procesion. Por fin se llegó á San Francisco, ya bastante entrada la noche. Ahí esperaban todas las comunidades religiosas, y preparada una gran pira, é iluminada completamente la iglesia, se cantaron oficios fúnebres solemnes. Cuando terminaron, se dispersó el inmenso concurso en el abatimiento con que el doliente vuelve de enterrar á su padre, bien convencido de que no volverá á verle. Se podia calcular lo que se amaba á D. AGUSTIN DE ITURBIDE y la ninguna parte que la nacion tuvo en su proscripcion, al oir entre algunos de los que se retiraban, y no todos del pueblo ignorante: «Hasta «esta farsa se ha representado para hacernos creer su muerte; no es «él quien se habia de dejar matar así no mas: traten de asegurarse, «y hagan lo que quieran, los que le vendieron; él volverá.»

Se dispersó tambien la tropa, despues de haber hecho los honores que previene la ordenanza del ejército á los capitanes generales con mando en gefe que fallecen en plaza. El público quedó profundamente agradecido al gobierno, por haber dado esta orden; y como si el que la redactó hubiese querido prevenir las diversas cuestiones de los que ostentando un republicanismo hipócrita ó mal entendido y á quienes ni la patria ni su sistema tienen nada que agradecer, preguntaran por cuál de sus títulos se hacian estos honores á D.

AGUSTIN DE ITURBIDE, dijo en ella: «se le harán los honores que «sean mas dignos del héroe á quien se debe la independencia de la «Patria.»

En una capilla interior del Convento de San Francisco se depositó la caja con las correspondientes seguridades, bajo la responsabilidad del Guardian, llevándose la llave el Prefecto, despues de haberla ceñido con unas fajas, á las que puso su sello, y quedando ademas bajo la custodia de una numerosa guardia.

Por la estrechez del tiempo y por ser tan plausible como el del 27 de Septiembre el aniversario del juramento de la independencia, se difirieron los honores fúnebres del Primer Gefe para el 27 del siguiente mes de Octubre.

El dia 1.º del mismo se hizo la entrega formal de los restos del Sr. ITURBIDE, por el oficial que los condujo desde Tamaulipas, D. Francisco Molina, al Prefecto de la Ciudad D. José María Icaza, y Mayor de la plaza Coronel D. Lucas Condelle, quienes llevaron consigo para este acto al Médico-Cirujano de ejército D. Agustín Burguichani, á fin de que se hiciese por inventario, como se verificó en presencia de los prelados, de la Comunidad, del general D. José María Cervantes, y del teniente coronel D. Mariano Dosamantes.

Se nombraron para que dirigiesen y arreglasen todo lo necesario para la celebracion de las esequias, al General D. Manuel Barrera, Coronel D. Miguel Azcárate, Presbítero D. Pedro Fernandez y D. Tranquilino de la Vega. Esta comision creyó que no hacer cuanto la nacion podia en tales circunstancias, seria consumir el triunfo de los enemigos de la independencia y del que la hizo; seria darles un nuevo placer y motivos de decir que la tibieza en lo que se queria llamar reparacion, era una nueva prueba de la nacionalidad del decreto que proscribió á D. AGUSTIN DE ITURBIDE.

Animada de este sentir, en que seguramente no se equivocó, se

apresuró desde luego á tomar todas las providencias correspondientes, formó un presupuesto, que fué aprobado por el Gobierno, y presentó un proyecto de ceremonial, el cual fué igualmente aprobado y dado como decreto del mismo Gobierno. Miles de personas se ocuparon desde luego en los diversos preparativos.

Se entregaron á esta comision, con las mismas formalidades que se habian recibido, los restos del difunto, que se hallaban como se sacaron del sepulcro, á fin de que se lavasen y dispusiesen del modo conveniente. Se renovaron entónces, por decirlo así, aquellos dias en que los mexicanos no pensaban en otra cosa mas que en la Independencia y en ITURBIDE. Aparecieron retratos y efigies suyas en el público, presentados en todas partes y de mil maneras: grabados, litografiados, pintados, en bustos, en miniatura, al natural, de Coronel, de Primer Gefe, de Generalísimo, de Emperador: representado en Iguala, en la entrada del Ejército, en el trono, en la catástrofe de Padilla, de todas las maneras que se puede presentar una persona admirada y querida. Los mercaderes para dar boga á sus fábricas y tiendas, las ponian el nombre de ITURBIDE, y este nombre se veia en los sombreros, en los pañuelos, en los abanicos, en todos los objetos de uso.

Yo pretendí por un oficio se me permitiese amoldar el cráneo del Sr. ITURBIDE. Hacen honor al Gobierno Supremo y al del Departamento, los términos y la prontitud con que dieron sus órdenes al efecto; mas es de sentirse que no se hubiese podido lograr la operacion, porque aunque en el inventario se habla de seis fragmentos del cráneo, no bastó la mayor vigilancia para impedir que las gentes, tanto en la ecshumacion de Padilla, como en esta Ciudad, se llevasen multitud de piezas, queriendo tener la dicha de guardar consigo una *reliquia*. No se encontró mas que el occipital, y los dos parietales no completos, sobre cuyas piezas no era posible formar jui-

cio. Tomé y conservo el molde de estas partes en yeso y en cera, y un fragmento original para conservar y ofrecer á los sabios un documento auténtico de sus dimensiones y configuracion de sus superficies interior y exterior. Sin embargo, si se juzga por los retratos mas generalmente reconocidos por su conformidad con el original (y de este número es el que acompaña á esta obra, sacado de una de las muchas medallas que se batieron en todas las ciudades) á la primera vista se notará la enorme diferencia que hay en la distancia del agujero auditivo á la frente, con respecto á la que hay del mismo punto á la nuca. Las regiones en donde los frenologistas colocan los sentimientos y el ser moral é intelectual del hombre, tienen en la cabeza de ITURBIDE un predominio, cual no he visto otro, sobre los instintos é inclinaciones animales. Todo en este hombre es inteligencia, nobleza de sentimientos: todo en él anuncia desde luego uno de aquellos seres destinados por la naturaleza á mandar á los demas, con la diferencia de que otros lo han sido por un carácter imperativo y fiero, é ITURBIDE por la feliz reunion del entendimiento, de la energía y de la bondad. Este órgano es de los mas marcados en sus retratos; y ¿quién no recuerda que era una cualidad reconocida en ITURBIDE en todas las épocas de su vida, la facilidad de ganarse los corazones de sus enemigos en la primera conversacion?

Las obras grandes, dice ingeniosamente Víctor Hugo, las da Dios solamente á los grandes hombres. ITURBIDE era el que debia hacer la Independencia: su nombre solo, al proclamar el plan de Iguala, anunció la seguridad de su realizacion; porque ese nombre llevaba consigo las ideas de órden, de alta política, de fama por altos hechos militares. Habia sido el mejor de los gefes del gobierno español, á punto de que si hubiera nacido español, el mismo, sin duda alguna, le habria nombrado virey de Nueva-España: si hubiese mi-